

ANA MARIA RATH

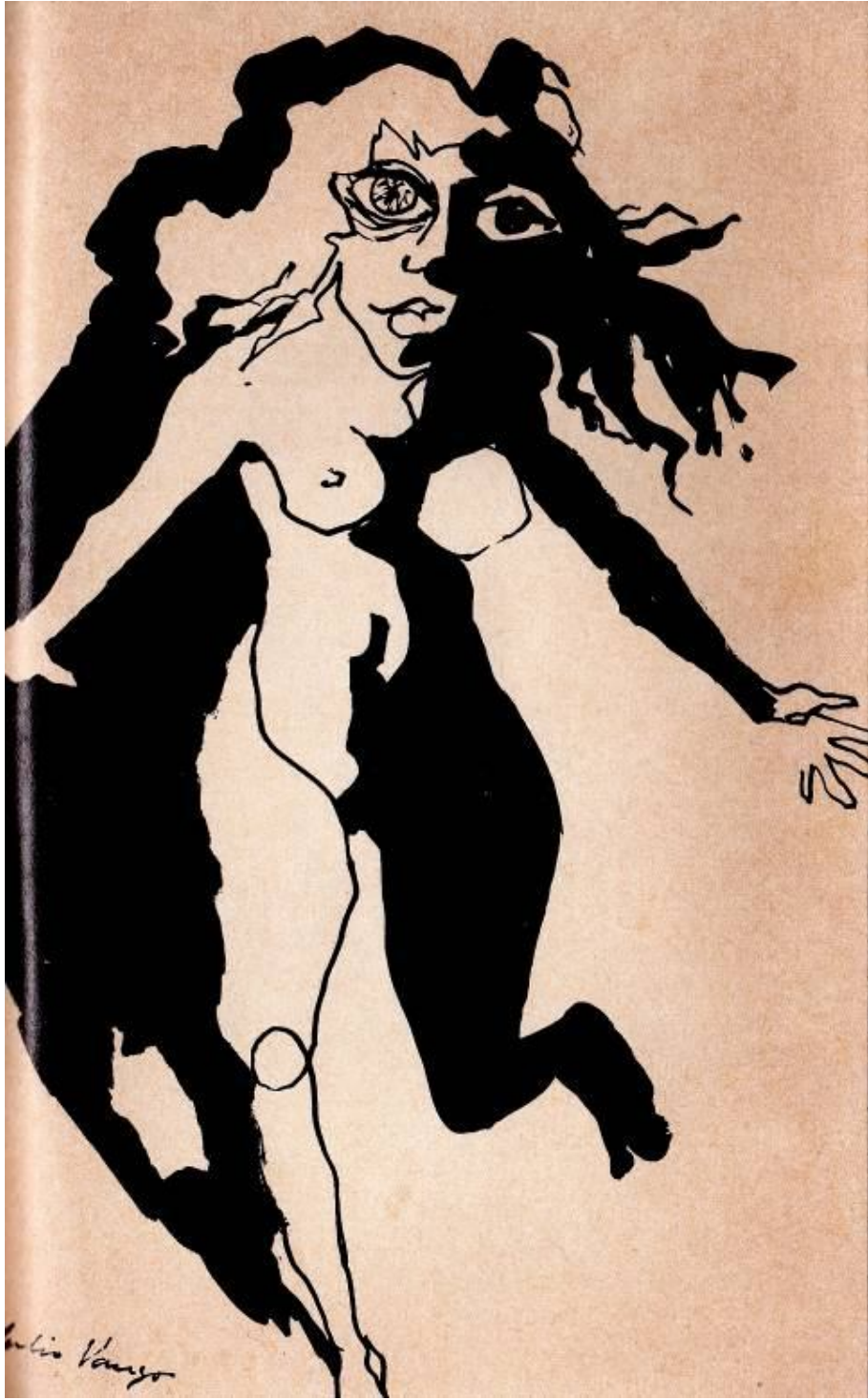
LAS  
PALABRAS  
DEL  
TIEMPO

CUADERNOS DE LA BRUJULA  
BUENOS AIRES - 1971

## LAS PALABRAS DEL TIEMPO



**a la Señora  
Elisa Francia,  
mi madre,  
que todo lo ha comprendido**



**poemas  
existenciales**

Estoy atado a tu silencio de agua, a tu  
dulce silencio de agua clara. Tierra sin  
ojos soy, con una fragua de cíclope en la  
cumbre de la cara.

Miguel Angel Asturias 13

Casi sobre el final del barco  
se posa este recuerdo  
como a través de una nublada lágrima  
ahora que está acercándose el otoño  
ahora que ya no vas a estar conmigo  
y todas las ventanas están vacías de imágenes.

Un poco por tu ternura,  
un poco por tu sufrimiento  
puesto contra la noche como a través de un velo sin espinas.

Y quisiera cubrir tu hombro con mi pelo larguísimo, secar tu  
cansancio con el pañuelo claro de mi dulzura bajo un cielo  
cubierto de palomas azules.

Llévate de la mano hasta la próxima primavera,  
sólo por volver a beber  
una vez más  
tu dorada sonrisa.

Ahora te perdono.  
Recién ahora puedo perdonarte,  
puedo amarte,  
puedo salvarte sin alucinaciones

Casi sobre el final de un barco pasajero está mi  
blanca imagen, la imagen virgen sobre el final del  
barco con una sed infinita de horizontes...



## II

El viento canta  
alejado de los hombres  
y recorre la plaza abandonada, sube a la torre  
cae  
se desliza  
y te descubre el rostro.

Detrás de **tanta niebla,**  
dime:  
yo tan desvalida, tan desprovista de fetiches, tan austera,  
¿cómo haré para arrojar mis anclas en tu puerto  
de espumas  
y asir tus manos, otra vez, como si un tiempo sin tiempo  
hubiera sepultado a los que fuimos antes?

### III

Junto a la copa de cristal  
se desliza el rumor de tus pasos medidos  
en la amplia noche.

Debo pensar en tu corazón,  
en tu tortuosa incertidumbre...  
y un anhelo de amor  
viene  
como costear un mar de ignorados pensamientos.

Para esto,  
tus corceles deberían ser domados sin curación  
y yo tendría que poseer todo el valor del mundo.

Porque estoy pobre de él,  
abandonada de él, deo que  
pases.

Me aparto hacia un rincón de la tarde amarillenta  
mientras arriba  
los árboles elaboran el poema de su mágico verde.

#### IV

Tejiendo antiguas melodías de redes van  
llegando las barcas.

Las mujeres se acercan a la costa en busca de sus y el sol  
es una redonda masa de pasiones ya largo tiempo  
contenidas.

Cruje la arena bajo los pies sedientos.

El día se va, se aleja junto al sol  
que está dibujando cada vez más un garabato  
sobre la línea oscura que deslinda los mundos.

He dejado atrás mi cabaña  
mis amados espejos  
mis vacilaciones  
y he corrido,  
desnuda de dolor, de recuerdos, de palabras,  
para alcanzar tu nombre.

Pero no **estás**.

V

¿Cuánta gente me amó?  
¿Cuánta gente volcó sobre mis ojos su ternura profunda?  
¿Cuántas manos buscaron mi mano  
en la tranquila soledad sin sombras?

Yo me quedo en silencio.  
Cierro los ojos para que nadie pueda leer en mi alma y me  
recojo.

Soy una monja da la verdad  
recluida en el oscuro recinto de  
su interioridad inviolada.

Aquí no llega nadie.  
Y no más permitiré que las manos  
y el amor  
y el sufrimiento de la gente  
profane este lugar que es solamente mío.

Dios ha abierto la puerta. Mi  
amado peregrino. Como yo,  
peregrino.

Dios entra.

El sí. El único.

Por eso no fue posible  
hacer de mí un apasionado cuenco  
donde pudieras guarecer en la noche tus torturas...

## VI

La gastada pared  
junto a aquella ventana silenciosa  
recibió el peso de tu sufrimiento  
y te rezagaste en la palabra  
para contarme quedamente tu cansancio.

Yo lo recuerdo todo.

Por eso casi te siento como un hijo  
que no supo jugar  
mientras tu abrumadora sed  
quería crear ríos profundos e imposibles.

Y tuve entonces que empequeñecerme como  
una precoz madre —frígida de pasiones—  
para que te salvaras.

Si es por mí,  
si tan sólo es por mí,  
ahora puedes mirar en paz los ojos de tus hijos.

## VII

Cerrar los ojos  
para pensar qué alguna vez fuiste verdad.

Las heridas no existen.

Se han borrado, han volado como sangrientas mariposas y ya no  
podría volver a prenderlas a mi piel, aunque quisiera.

Cerrar los ojos  
para pensar que alguna vez fuiste verdad.

Y ahora,  
con las manos enchidas de toda la riqueza posible  
volver a caminar sobre tu muerte  
como un supremo paso de amor sin esperanza  
de nuevas islas,  
de otras músicas compartidas,  
de otras palabras  
en singulares tardes amparadas.

La hermosura de tu silencio  
—aquel silencio que nadie supo jamás callar  
como lo hacías tú—  
cubre mi alma  
y embalsama mi cuerpo como un dulce sahumero.

Sé que cuando me pienses,  
será de nuevo el recuerdo de un juguete de estrellas  
bajo el solitario viento de la noche.

Ahora todo ha cambiado.

Los que buscan mi amor,  
la compañía en tardes de café y de confianzas  
dicen que ya no estoy.

Que me he desgajado de todos los árboles y no  
siembro mi alma en tierra alguna.

Dicen que soy como un torvo velero  
que nunca toca el puerto,  
que no arroja más anclas,  
que no se adhiere,  
que ha elegido la soledad como último refugio.

No lo sé.  
Pero sé que debo defender mis banderas  
—éstas que tengo ahora—  
y sé que los hijos de los hombres son incapaces  
de pasar sin ajarlas.

En mi mundo interior está  
todo el amor toda la posible  
felicidad todo el augurio...

Pero mis ventanales se han cerrado con el viento nocturno sin  
retorno posible...

## LX

SE fue de pronto  
y me volvió la espalda.

Entre mis brazos abiertos,  
que estaban mucho más abiertos,  
quedó el hueco de su palabra ausente  
tan fraguada,  
forzadamente mentirosa, de tanto dolor.

Alguien tocó un tango  
y caminé sin rumbo como aquél que se va...

Después la noche.  
La larga noche interminable.

Ahora que ha vuelto a amanecer  
—siempre amanece—  
miro la sombra que dejó su paso  
recojo el grito que dejó su alma  
y me voy con la alforja por la calle  
canturreando un tango, yo también... canturreando.

Después de las purificaciones  
no tengo más que esta dulce sonrisa silenciosa...



## X

He recostado tu cuerpo destruido  
sobre la playa  
y te he velado  
silenciosa y altiva  
como las legendarias cautivas  
de América.

¡Qué otra cosa que no sea silencio puedo  
entregarte en esta hora cuando ya todo ha  
pasado y se han ido agotando las  
palabras hasta llegar a la nada!

Yo no miro tu cuerpo. ¡Y no sé donde está tu  
alma! Yo nada tengo que ver con los muertos,  
por eso me dirijo hacia la luz...

Siguen mis ojos la línea del horizonte más  
allá, si es posible, y recibo en respuesta un  
grito despiadado.

He recostado tu cuerpo destruido porque  
lo cubra el agua.

Y seguiré de pie  
inmóvil  
sin palabras  
hasta que un pájaro me señale  
el comienzo del día...

## **las palabras del tiempo**

"Por eso, porque no tengo todo el bien,  
no puedo darte nada más acá de las palabras"

EDNA POZZI

## TRANSITO PARA UN ADVENIMIENTO

No era el tiempo de desenterrar las rosas ni de seguir rastreando  
entre pinares y soles nacarados No era el tiempo de la música y  
de los versos, cuando la risa es una cosa fácil que nace como un  
arroyo  
entre las piedras y se eleva en mil ecos de cristales, hasta la  
verdad más alta  
y silenciosa. No era aquél un tiempo simple, aprisionado entre  
dos discos, un brindis o un color luminoso  
contorneando la aurora.

No se podía contemplar el río, sin lágrimas hirvientes  
sintiendo adentro una patética infelicidad  
interminable, tan potente, tan fuerte,  
que apenas se lograba sostener su pujanza y su agonía.  
No era la vida, ni la alegre noche,  
ni los peces, ni el árbol.

Era un fino dolor.

Una oscura procesión sin antorchas en medio de la tierra.

Fue menester, entonces,  
rescatar el olvido.  
Cerrar las puertas para que se perdieran las figuras, enlazar el  
momento culminante por conservar los pájaros, esculpir en el  
bronce, lentamente, cayendo y reiniciando mil veces el camino  
para encontrar Jos portales abandonados de tanta sangre inútil.

Podía haberse despeñado la soledad como si todos los  
precipicios no hubieran sido creados sino para eso,  
en una hecatombe extraordinaria, culminando en los gritos  
expirantes hasta el silencio verde de los círculos del agua que se  
cierran.

Podría haberse apagado la estrella  
en medio del océano  
y las barcas, entonces, habrían naufragado como miséras  
cáscaras, entre alaridos de dolor y sepulturas de cordeles y  
sueños. Hubiera sido la muerte de los versos, el asesinato de los  
ideales, la turbulencia vergonzante de la infanmia derrotando al  
lucero y una gaviota solitaria, inválida, contemplando el desastre.

Pero no. Dios

dijo no

Y calzó su sandalia salvadora  
y corrió en busca de la verdad para ensanchar Jos mares  
SI era preciso,  
para crear inmensas cordilleras  
si era preciso,  
para inaugurar otros caminos  
SI era preciso  
y salvar los veleros, los versos, los portales, las ideas, los  
sueños, el Amor,  
en suma,  
para que no murieran sus enormes silencios y hubiera todavía la  
esperanza de puertos rescatables.

Eutonces, la Palabra.

La esperada Palabra salvadora,  
la forma de decidir entre los nombres  
para escribir de nuevo —esta vez sin nostalgia—  
todas las páginas insospechadas de la amistad  
—pan, trigales y campo—  
del valor, del espíritu  
y un ensayo de solidaridad y afirmaciones.

Para encontrar que todo tenía un sentido así, sin  
sombras, bastó la valentía.

Entonces comenzaron a desfilar  
los portadores de todos los errores,  
las lágrimas de casi treinta años acibillados.

Entonces los bisturíes se hundieron sin pena  
en la dolida carne del espíritu,  
en la hora de las supremas sinceridades,  
del despojo de todas las vestiduras,  
del rastreo incesante,  
de la crucifixión casi,  
para quedar cadáver de uno mismo,  
como delante de un premonitorio espejo de verdades  
urgiendo hacia el futuro.

Y viví como suspendida sobre la tierra  
—mucho menos que Cristo—  
mirando hacia los infinitos paisajes del Universo  
y aprendiendo mi nombre nuevamente,  
sospechando otros perfiles entre los árboles,  
dándome cuenta del mundo bajo una luz purísima  
y, sobre todo,  
recuperándome,  
posesionándome de mi perdida alforja  
que se había quedado hecha jirones entre las viejas ruinas.

Por eso, la Palabra.

Porque para resucitar, era necesario morir todos los tiempos y partir  
como el pobre de las escrituras escalando las cumbres bebiendo la  
luz de las estrellas, comiendo la gramilla apenas amanecida.

Oración y dolor. Silencio y oración y  
más dolor. Como el perseverante  
penitente, sin detenerse nunca.

**No.**

No era aquél el tiempo de desenterrar las rosas  
ni de seguir rastreando entre pinares y soles nacarados  
en busca de la estrella.

No era el tiempo de la música y de los versos,  
cuando la risa es una cosa fácil que resbala en el cuerpo.

No era un tiempo de felicidad y de río junto a  
una costa adormecida ni era la vida, las  
alegres noches, los peces, ni los árboles.

Para darle un sentido a tanta angustia,  
fue necesario hacer columna la forma desolada  
y, entonces, sí.

Sí a la naturaleza desbordante,  
a la arena dorada,  
a los libros amontonados, cálidamente amigos,  
sí a las manos jóvenes y soñadoras,  
salpicadas de espuma,  
sí al descubrimiento de un paisaje novísimo,  
apasionante, fértil,  
íntegramente dado para la máxima felicidad.  
Vida total.  
Sexo de estrellas en la alta noche

Porque Dios dijo no  
y hubo un nombre para la solidaridad  
y el mudo trasplante del espíritu,  
pudieron levantarse las catedrales esplendorosas  
y quedaron allí,  
prontas a perderse en la azulada majestuosidad del Universo.

## PARANA, AMADO MIO, RIO DE MI DOLOR

)>e alguna manera tengo que llamarle Padre debajo de las verdosas urnas de tus profundidades mientras vas meciendo mi cuerpo vulnerado, más allá de la noche, por un territorio de héroes amarillentos de sol, como si fueras un indio sanguinario y sexual debajo de las verdes canoas escondidas.



De alguna manera tengo que imaginarte  
restañando mis millones de heridas con tu amor amplio  
y ondulante, que va pasando pero que permanece y te  
vas convirtiendo poco a poco en una muralla sedienta de  
aventuras, jangada y tornasol en el crepúsculo con mi  
figura frágil y solitaria, entumecida.

Levanto las manos  
y solicito la protección de las estrellas  
en esta tarde en que la ciudad está tan sola,  
en esta tarde en que el mundo está tan solo,  
en este día en que podría caminar por las calles sin divisar  
un solo ser humano,  
porque miles de muertes han pulverizado mis venas  
y soy apenas el pálido fantasma de mí misma,  
oh río, amado río, río de mi dolor, de mi amor  
el más grande,  
río de mis purificaciones.

Cae sobre mi voluntad adormecida  
un tiempo que ya casi es espacio mutilado  
y yo soy también como uno de esos héroes amarillentos  
con mi pelo dorado  
con mis ojos dorados  
toda yo una empequeñecida estatua de oro  
tendida hacia el paisaje.

Paraná.

Esta tarde casi podría llarmarte Padre  
nombrándote como te nombran los isleños,  
nacido junto a un Atlántico indiferente  
que te va reclamando  
para sumergir tus dilatadas ceremonias  
en el túnel oscuro de su misterio,  
Paraná,  
río,  
Padre de mis amores,  
río de mi dolor, de mis fantasmas,  
río de mis purificaciones.

Estaría cantándote,  
como esta tarde en que el mundo está tan solo,  
como esta tarde en que la ciudad está tan sola,  
como este día en que mi cuerpo está tan solo,  
-mi alma es un ángel que se ha caído  
en el crepúsculo—  
cantaría cantándote  
hasta que tus peces se llevaran mis huesos  
en los ojos.

Río de mi dolor,  
de mi amor el más grande,  
de mi alto olvido.

Río  
de mis purificaciones.

Vas dándole la mano a las ventanas de las islas en ese  
vértice donde las calles de la ciudad confluyen.

¿Ve das cuenta?  
Tú eres el milagro, chorro de sol sonriente  
lamiendo las arenas.

Las cuevas de los hombres  
que van buscando en ti su muerte y su reflejo  
saludan al caer de esta tarde  
mi sombra sobre tus aguas cavernosas.

X mi sombra se agranda y te protege, va  
trascendiéndote como si fuera un pájaro.

y escucho sin alegría tus murmullos,  
pienso un nombre de niño,  
oigo palabras cabalísticas  
y oculto el llanto mientras estoy sonriente,  
sonriente hasta la muerte,  
sonriente hasta la consumación de los  
espejos,  
de tus duros espejos renunciados.

Río.  
¡Oh, río Paraná!  
Padre de mis dolores.  
De mi amor, el más grande.  
De mi amor olvidado,  
fantasma de mi alma.

Padre,  
Río  
de mis purificaciones...

Algún día los pájaros anunciarán mi muerte.  
Algún día te olvidarás de mi nombre en las orillas.  
Algún día verás mi sombra transitando la ausencia  
y alguien te cantará por mí  
los versos más hermosos,  
sonreirá por mí  
un rostro más hermoso que el silencio  
y otra mano acariciará por mí  
el ondulado milagro de tus aguas.

Voy hacia el mar.

Aquí está este puñado de palabras,  
estos versos,  
este canto,  
esta figura de oro tendida hacia el Paisaje.

Mientras siento tu amor,  
el murmullo de tu amor que se aleja,  
pienso un nombre de niño  
y digo palabras cabalísticas.

Paraná,  
oh. Padre,  
río de mis dolores,  
de mi amor el más grande,  
de mi olvidado amor en el alto espíritu  
de mis purificaciones...

## ULTIMO PEREGRINAJE

Tengo que regresar desde el silencio hasta el país de las  
palabras, o volver desde las palabras hasta el  
silencio inédito de tus manos, de tu piel, de tu  
placidez, de tu sonrisa incrédula.

Tengo que suplicarle a la noche  
que nos proteja un siglo entero  
porque necesitamos del tiempo de los ángeles  
para encontrarnos a nosotros mismos.

Si pudiera desvestir mis banderas  
de las pesadas cadenas que aferraron para siempre  
mi cintura, mis ojos, mi insignificancia,  
mi profunda voz.  
Si pudiera dar vuelta los veleros  
e invertir la corriente de los ríos hacia los altos montes  
milenarios. Si pudiera, amor mío, si pudiera hacer esto  
para poder entonces decirte las palabras que le dieran un  
sentido a las noches angustiosas para transformarlas en  
dulcísimo encuentro...

Entonces yo misma recorrería los lagos solitarios,  
atravesaría la niebla y abriría tus brazos crucificándote a mi  
cuerpo como si fueras un vencido heroísmo de guerrero  
sediento y pensativo.

Por que éste no es el pequeñito amor. El  
primitivo y trasnochado amor

dilapidado por todas las miserias  
entre afiches desgarrados, agitándose solos,  
ay, tan solos, en medio de la noche.

Este no es el mancillado amor.  
El egoísta amor.  
La soledad de dos más el hastío, más la rutina,  
más el tan reiterado camino de las horas estériles.

Este amor es la rosa destruida  
bajo las impávidas señales que nos contemplan  
ahora,  
ahora, cuando tenemos millones de siglos por delante  
para encontrarnos a nosotros mismos.

Este amor es la rosa y es el olvido  
y es la ceremoniosa mano tendida  
en la armonía social indestructible  
mientras el corazón  
**si.**  
el corazón, precisamente,  
es un pájaro que se queda mutilado

caído bajo el silencio de los papeles rotos,  
la distancia, la amabilidad de los saludos  
corteses y el buenas tardes en la tarde de lluvia  
los hilos telefónicos horrorizándose,  
tus ojos tristes después de la mentira  
y mi hierática serenidad atravesando calles.

Qué hermosa juventud la de mis manos.  
Qué profunda palabra la de mi amor  
para cantar tu nombre  
mientras sé que me irás buscando por las calles  
para que alguna hoja seca te resucite  
aquel otoño, aquella primavera,  
aquella noche, aquella tarde sedienta,  
aquel verano,  
en una juventud que se fue yendo,  
diluyéndose en humo  
para que hoy,  
vos y yo,  
hoy, sí,  
asistamos a la muerte de la estrella,  
nos tomemos de la mano como antes  
hoy, sí,  
nos vistamos para este funeral  
y sigamos completando papeles, regalando sonrisas,  
buenas tardes, cómo le va, hasta pronto  
y el pájaro destrozado debajo del silencio.

Amor mío.

No puedo regalarte las palabras  
porque he quedado huérfana de palabras  
tan pobre, tan impotente y sola como el viento.

Yo soy un peregrino.  
Nada más.  
Un peregrino con toda la ternura  
que es una alta dignidad y es un símbolo.  
Una riqueza.  
Un arrepentimiento.

Yo soy un peregrino iluminado  
que recorre lugares con la simplicidad  
de la tibieza  
bajo la forma de una muchacha inquieta  
y deslumbrada;  
bajo la forma de una torre de sal y de montañas.  
de praderas sedientas de lluvia,  
de perfiles solidarios contemplados en la profunda tarde.

Amor *mío*.  
Mil veces, amor *mío*.  
Dejemos a los muertos.

Y dale tiempo al pájaro  
porque más allá,  
mucho más, más allá,  
hay un país donde te estaré esperando en el recodo azul de  
alguna esquina, y ya no tendrás que  
buscarme por las calles y te crucificarás en mí  
como en un solitario lago silencioso.

Dale tiempo a la ausencia.  
Dale tiempo al retorno de los pájaros.  
Que yo estaré esperándote en el recodo azul de alguna tarde  
para esta altísima dignidad,  
para este altísimo arrepentimiento,  
para todo este interminable dolor  
que es mi ternura.

Amor *mío*.

**PORQUE NO DEBES BUSCAR LA  
TUMBA DE LOS PAJAROS**

Porque no puedo dejar de continuar este camino hacia la alta libertad que es madre de la total consumación del hombre, debo permanecer ante la espada como un involuntario guerrero que lucha en medio de la arena.



Ser este ser humano y aquí, aunque quisiera  
destruir todos los espejos para que esta imagen se  
perdiera definitivamente.

Tú eres ese masazo inconfundible, como  
el austero golpe de badajo de una oscura  
campana.

¿Te imaginas, mi amor, esa campana verde  
rompiendo las estrellas,  
diseminando los pedazos que quedaran  
al fin,  
para poder asumir un heroico anonimato  
y desandar laureles?

¿Te das cuenta de lo que son tus manos en mis manos, esos ojos  
profundos penetrando mis ojos, esa fuerza  
y el rostro de algún chico harapiento tocándonos una canción de  
puerto?

Porque mil precios tiene la soledad.  
Y hay que saber hacer el alto misterio  
de dar la espalda  
sin que sintamos el llanto de un niño que se muere  
y veamos que el cielo se transforma de pronto  
en un oscuro reflejo de no sé qué  
tenebrosa antigüedad.

Yo no puedo hacer esto.  
Yo no sé nada.  
Por eso entre mis manos, en lugar de tus manos,  
tengo un pequeño pájaro aterido.  
Por eso en mis pupilas, en lugar de tus ojos,  
tengo esta inaudita ternura que, una vez más,  
me hace sentir el ser más triste de la tierra  
porque mi maternidad es un inconcluso  
sendero,  
porque mi vida no ha servido para amparar  
tu vida,  
porque mi sombra es un arbusto que crece

junto al río  
y estoy crucificada, expuesta al exterminio,  
empobrecida hasta la esterilidad más honda y  
anhelante.

Mil precios, amor mío, tiene esta soledad y esta  
distancia.

Las tardes en que la lluvia juega en las veredas,  
los cafés que se enfrían olvidados,  
los campos verdes que se extienden desiertos.  
Los pájaros que se van y sabemos que ya no  
regresarán.  
¿Te has preguntado dónde se muere un pájaro?

¿Te has preguntado a dónde va a caer ese vellón de  
plumas pasajero cuando una eternidad sin  
horizontes le cierra los portales de los anchos  
espacios? ¿Te has preguntado  
qué debe hacer un hombre cuando entierra al  
amor  
y se queda con el recuerdo, nada más, de lo que  
fuera una sonrisa intensa, una auténtica mano  
solidaria, un beso apenas esbozado, un magnífico  
acto de renunciamento que finaliza donde se  
encuentra toda la pobreza?

¿Te has preguntado  
qué es lo que queda cuando se muere  
un pájaro?

Por eso no sé nada.  
Porque la muerte, esa alta libertad,  
eso que es el último acto de posibilidad  
para la peregrina solución del hombre  
es un paréntesis que de algún modo ha  
comenzado ya,  
cuando hemos dejado que se acabara un canto,  
cuando hemos violentado las estrellas,  
cuando hemos destrozado la palabra  
arrojándole a los perros el resto del augurio.

Y entonces sí,  
Esto de continuar la caravana. Esto es  
darle al mundo la imagen de la más cálida  
alegría,  
esto de demostrar el ser fuerte y libertado, esto de no ser otra  
cosa que el más desgraciado prisionero del propio asesinato.

Por eso no busques nunca la tumba de los pájaros.

No hay nada que buscar porque, ¿ves? ya  
nada queda de este oscuro silencio.

## VERSION PARA EL FINAL POR UNA CALLE

"... Y qué hago en medio de esto después de esto  
pues la luz que me trajo me hace daño y no puedo  
vivir de espaldas a la pared ni de espaldas a la mano  
que me busca ni al rostro que ha mirado nuestro  
rostro..."

Rolando Escardó, Llegada La vuelta al  
día en 80 mundos

Julio Cortázar

Entonces esta oscuridad tiene un sentido miserable de cosa sola, de  
cosa abandonada, de cosa destruida que puede quedar olvidada en un  
rincón cualquiera donde la mirada ya no alcanza a descubrir otra  
posibilidad.

Entonces esta oscuridad tiene el sabor de la única nobleza que nos queda, después de haber rasgado en dos el cielo y habernos quedado de pie para morir, siempre en **el puesto** de batalla, todo en regla y el profundo respeto de la ley y las codificadas enumeraciones.

Entonces esta oscuridad se nos asoma por el bolsillo del abrigo y la gente, que ignora, nos mira con envidia, espía nuestra juventud, nuestra belleza, nuestra profunda vida que se desborda de los ojos.

Y el viento nos despeina y levantamos la mano, pasamos saludando y la hermosura brota un camino de fértiles estrellas delante de nuestros pasos. Entonces esta oscuridad grita que alguna vez hubo la luz y hubo el amor y estuvo la esperanza acariciándonos como una buena hermana compañera.

Entonces esta oscuridad, esta oscuridad, esta oscuridad clama, está clamando y mantiene el avergonzado vacío de una soledad que ya agotó el enorme caudal de la Palabra. Y se convirtió en nada.

En algún lugar quedó un rostro, una voz, una presencia. En algún lugar quedó el motivo, la clave, la sonrisa. En algún lugar dejamos sepultados los Misterios.

Qué haré, qué haremos, digo, con los pedazos de esta cosa triste, como un pan mal partido y agujereado por chicos harapientos.

Qué haré frente a los otros, al amor que se fue pero que no podrá borrarse simplemente, qué haré, qué haremos, lo grito caminando por las calles, si este sitio infinito de la ausencia, como una forma concreta y definida, está aquí, estirado de oscuridad cuando sobre los ojos cae el velo de todas las despedidas.

Entonces esta sabiduría se levanta y comienza a alejarse, pensativa; y yo me pierdo irremediabilmente ahora que ya lo sé, cuando esta oscuridad llueve una estrella gris desde la noche.

## EL POETA SE DEFINE A TRAVES DE LA MEMORIA

Una compacta oscuridad trae la presencia **del** mar que se escurre a través de la niebla dorada **del otoño que** llega. Huellas como largas continuidades de ajustados pensamientos atrapan esta sombra que quiere, principalmente, radiografiar un contraste de mariposas al detenerse **de cara** a las vidrieras, más acá de las tazas de café y de los espejos pintados, en la ciudad cuando semidormida se inclina hacia la noche. Agua sentimental levanta un brindis amigo que se sostiene en todas las veletas y la música de un burdel rojo lanza sus estridentes quejas contra el aliento de **las** calles vacías, aprisionadas de soledad, inhumanamente abandonadas.

Y aquí estoy yo. Yo, la desconocida. La desconocida que trepa por la tiranería de las obras en construcción, se desliza en las grúas que pesadamente se recuestan en la humedad de los sombríos escondrijos; y la avenida costanera me entrega pausas de melancolía, para tejer este sueño inverosímil de mi memoria, de esta memoria así, grabada inútilmente sobre el metal del **lentísimo tiempo** que nunca se termina.

Voy recitando el monólogo entonces; era una vez... ah, sí... una vez que se me olvidó por las esquinas, cuando compraba Un diario debajo de la lluvia o saltaba un juguete de rayuela hacia la posibilidad de una prestada alegría. Los jazmines del verano venían a penetrar mis preferencias y los iba robando de todos los jardines para que alumbraran de aroma el ritmo de los días tan callados.

Así aprendí que el pájaro se había gestado en la matriz escondida que abre el nudo de venas de nuestros heroísmos, la cuota de libertad y los silencios de tantas caminatas, cuando pensativamente había descubierto el amor de las palabras, la luz de la poesía, la profundidad de las lágrimas y la temida muerte, caída donde los tranvías suspiraron, alguna vez, su última preocupación.

Amplia mano sedienta de una peregrina maternidad y lápices sobre papeles y jazmines, de nuevo los jazmines, con rosas desparramadas.

Dedos tecleando máquinas en el caleidoscopio de la tarde, más abajo de la sonrisa, garabateándola.

Así aprendí que alguna vez hay que irse sin regrese consumiendo el amor y la distancia hasta torcer el rumbo, para que después no sea más que un punto, un punto inmóvil que se va perdiendo como si interpusiéramos una sombra entre nuestra inocencia y la estocada inmerecida de la traición, del puñal solapado, del olvido increíble, derrumbándose cerca, oh, tan cerca, que casi hubiéramos podido morir sin que alguien hubiese notado nuestra ausencia.

Aquí estoy yo. Yo, la desconocida. Reincidente libertadora de sueños, descubridora también de vergonzantes subterfugios, pedazo de ángel desarmado que va deteniéndose, diciendo, contemplando; y mis campanas tañendo lentamente, ahora que todo está por terminarse.

Este día.

Y esta memoria grita y pierde la perspectiva de las cosas pasadas para recuperar el manantial oscuro, aquél de cuando nada había sucedido, antes del tiempo, antes del útero, antes de que siquiera Dios lo hubiera estado pensando. Entonces, a medida que vuelvo, me voy quedando sin acontecimientos y puedo sonreír, porque no te ví nunca, no sé quién eres, qué hiciste, qué me hiciste, ni porqué alguna vez nos encontramos perdidos en el mundo.

Yo, la desconocía, voy acercando el buque mientras inauguro el día del olvido, y ato mis trenzas de los siete años a lo largo de los toboganes y los caballos de madera.

Y desde aquí, puedo desarraigar todo ese humo  
y puedo también dejar de perdonar, porque nada ha pasado



## **INCLINACIÓN ANTE LA POESÍA**

(El Poeta da gracias por el privilegio de la Palabra)

Esta magnífica frialdad de la noche solitaria  
que trepa por mis manos y recorre mi rostro,  
esta maravillosa soledad de la noche  
que está aquí, alejándome de los ruidos,  
de los solemnes saludos reiterados.  
Esta suntuosa quietud que reproduce  
mi seriedad delante de los cristales  
y quiebra en alguna parte una lágrima  
apoyada contra el viento...

Esta irrenunciable victoria de mis lirios azules,  
esta irremplazable virgindad,  
mientras afuera  
el mundo va terminándose en grotescas  
ceremonias desesperadas.  
Esta sola palabra, este silencio,  
esta felicidad de haberme quedado con las alas maduras  
después de haber recorrido todos los caminos,  
preguntando...

¡Ah, Dios mío! Al fin tuve tanto de sabiduría que me bastó  
asomarme a los ojos de los otros para saber qué abismo escondían  
los párpados y las palabras, las sonrisas, los besos, las manos  
engañadoramente  
solidarias. ¡Dios mío! Cuánta infamia por un trozo de  
piel... Cuánta pobreza...

¡Dios mío, perdónalos por que no saben lo que hacen!

Y ahora Tú,  
con esta sensación de la muerte  
y las campanas, mis doradas campanas diciéndome  
unos versos cada día más nuevos  
mientras sé que en algún lugar del mundo  
indiferente,  
descansa el mar...

Tú, la Poesía.

Ya no canto más con dolor  
porque no hay más dolor que el de aquellos que agonizan.  
Ya no puedo iniciar por más tiempo un ritual de suicidios  
e inclinaciones y deliberaciones palpablemente inútiles.  
Ya no sonrío oscuramente mientras contemplo un niño  
transfiriéndole imágenes y ternura hurtadas **al olvido**  
y los pájaros me alimentan esta divina monotonía  
do la tarde, que va creciéndome una irrefrenable  
vi talidad,  
y me levanta sobre la tierra como si fuera  
un árbol.

Y estás Tú, la Poesía.

Y mis ojos inmensos iluminan esta mirada agradecida  
cuando siento que este fuego interior  
es patrimonio de los ángeles.  
Entonces, custodio el ánfora, el ánfora preciosa  
de los comunicantes que me invaden las venas.  
Entonces viene este remanso de puro amor  
como derramado sobre mis manos  
desde el metálico azul de las estrellas.  
Y te abrazo, mi hermana, amiga,  
poderosa mía,  
que levantas mi nombre sobre la tierra como  
si fuera un árbol milagroso.

Allá lejos, muy lejos, quedó el dolor.  
Se me cayó olvidado como un paria a los bordes del  
camino, entre ojos que de vergüenza me negaron el  
rostro,  
entre mentiras, huidas, evasiones y pequeñas palabras,  
ah, tan pequeñas,  
que se perdieron como granos de arena  
robados a la playa...

Por eso  
bendigo esta soledad y esta fría madrugada  
que me trepa las manos y recorre mi rostro,  
esta magnífica frialadad de la noche solitaria  
que está aquí, alejándome de los ruidos  
y los saludos y las tortuosas declamaciones humillantes.

Esta suntuosa quietud que reproduce  
mi seriedad delante de los cristales,  
quiebra en alguna parte las inútiles lágrimas,  
lágrimas malgastadas de pobreza  
después de tanta infamia por un trozo de piel.

¡Dios mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen! Pero el  
ángel ha vuelto para encender la bujía sobre el mantel  
blanquísimo y la cena fortuita; y en un rincón violáceo de la calle  
en tinieblas se ha quedado esperando las campanas y el vestido de  
bodas contra el vidrio de las ventanas pálidas.

Entonces, yo **estoy aquí**  
y mis ojos inmensos agradecen **por todo aquello** que  
otros ojos  **cubrieron** de avergonzados **párpados**  
**mientras puedo sonreír, oh sí, realmente, sonreír**  
**realmente después de tanto tiempo** porque la estrella  
estuvo siempre aquí, velando sobre el amado techo de  
esta casa.

¡Todas las campanas de la ciudad están **tocando** cuando  
yo levanto mis manos hacia Ti!

**oda esencial**

**para Alfonsina**



## I

No estábamos nosotros **allí**,  
perdidos en aquel octubre indescifrable,  
iluminados de mar y de sirenas prodigiosas,  
desnudos, salpicados de espuma,  
bronceados hasta la sangre por un sol prisionero,  
crucificados en la roca por un poema indefinible,  
fértiles de poesía y de misterio,  
silenciosos...  
silencio...  
con las olas, silencio de la noche adormecida.

No estábamos nosotros allí  
donde el crepúsculo se escurría y presentía  
las estrellas finales  
los últimos aleteos del pájaro ya deshumanizado  
al fin,  
hecho un indefenso jirón mecido por el agua.

Olor de agua y lejanas evocaciones predilectas le  
brotaron a la espléndida noche.

Y todavía seguíamos imaginando aquel mar,  
aquel pedazo diminuto de cielo  
aquella imagen pequeñísima  
solitaria,  
serena,  
firme,  
creada para **partir**  
ola de sangre

**sangre** de agua estremecida  
paloma oscura luminosa nostalgia.

Porque eres tú, Alfonsina.

Eras desde siempre en el eco de tus perpetuos ceremoniales.  
liras desde siempre en el emplumado pichón de la gaviota  
pasajera.

Eras desde siempre en **el hijo, en la palabra,**  
en los pueblos del interior,  
en las praderas de la patria,  
en el mensaje sonoro de un nórdico paisaje  
que había volcado un rayo de sol sobre tu pelo.

Eras en la mano infinita  
mujer al fin todas las sublimaciones.

Eras lo que no puede decirse con cifras concluidas.  
Eras un poco aquel mar, aquella costa, aquella noche  
apocalíptica  
tus brazos extendidos para tomar el barco  
agua y sabor de sal en la garganta,  
ojos inundados de algas,  
penumbra de frustradas entrañas irrescatables,  
apasionada cumbre de silencio  
cuando ya ni siquiera Dios  
podía contemplarte.

Recatada y espléndida. Música sin  
torturas.

Alfonsina.



## II

Una voz muy profunda  
viene  
viene desde los torrentes hasta el alma doliente  
cada vez que una mujer es traicionada,  
un niño es olvidado  
un amigo que nunca fue, inutiliza con ásperos murmullos  
la cavidad de la boca pegajosa.

Una voz muy profunda  
viene  
viene sin piedad, sin piedad desde una ola  
que no es la suma de las lágrimas,  
que no es el pañuelo ni la caricia  
ni el abrazo esperado, ni los ojos, ni el pelo,  
ni la lana provista de tibieza  
para el atribulado vacío de los hombres.

Una voz.  
Que no es nuestra voz.

Porque nosotros no estábamos aquella noche  
aquel crepúsculo último y desesperado  
o tal vez esperado desde el principio  
por esa alma, tu alma, por esas manos  
que eran tus infinitas manos apacibles  
creadas para el poema  
como la estrella de las cartografías.

No era esta voz  
que nos amarra un enorme barco a la mirada  
y nos impulsa a poseer al mar  
arena de sal que brota en el silencio  
de un crepúsculo más que se arrepiente..

Es tu voz, Alfonsina. ¡Tu  
voz!

¿Te das cuenta de qué cosa es tu voz  
volcada sobre los siempre sedientos cántaros de la tierra  
para alegar la última palabra de la justicia,  
tú,  
como altiva romana sobre la playa inmensa,  
en un octubre que quedó eternizado  
por tu paso de diosa?

¿Te das cuenta  
del legado sublime  
que dejaste bajo una cruz del sur indiferente,  
por aquel acto fundamental  
de dar a luz el verso  
y después acostarte para morir  
sobre el preciso e inalterable lecho rugiente de las aguas?

Por eso eres bendita  
aunque los perros ladren al otoño.  
Por eso estás glorificada  
aunque los hombres tengan aquella mirada torva  
que tanto conocías...  
Por eso estás iluminada,  
llena de toda gracia,  
bella de toda hermosura,  
amplia de toda maternidad.

Alfonsina.

No pudo ser nunca nuestra luz para calmar tu sed. Ni la  
presencia de Dios en tu promesa. Ni un solo eco de  
humanidad para tu cara.

### III

Ahora están las calles que viviste  
cabizbajas de pétalos,  
de campanarios grises y de máquinas,  
de luces le mercurio,  
de tiempo neutro que ya ha dejado de ser tiempo  
para acrisolar una ansiedad sin miedos ni  
barreras.

Ahora están los pájaros del ocre atardecer humedecido  
caídos desde los árboles,  
escarchados de una nieve más blanca que su mísera muerte,  
sombras de quebradas imágenes que fueron naciendo  
de las esculturas  
para convertirse en figuras detenidas  
como si todo hubiese terminado.

Y un verso resucita desde el profundo mar  
como si tañese una campana solitaria  
tu fuego que es el fuego de los dioses,  
el ignorado fuego de la vestal remota  
y de nuevo un gusto de arena salada por los ojos  
en el cálido octubre,  
en el lejano octubre,  
cuando no estábamos nosotros...  
cuando ni siquiera Dios podía estar a tu lado  
hacia la muerte.

Estirada de angustia y de esencial imposibilidad, otra y  
mil veces más crucificada.

Alfonsina.

¿Estás escuchando, aún?

Es tu voz.  
¡Tu voz!  
en el oscuro cenáculo de las aguas serenas.

